

Pero así como el mundo ficticio que conforma la literatura goza de otra dimensión, su moral también es otra...

ENSAYO



Amor a los noventa

MAGDALENA MADERO GÁMEZ

19

A la memoria de Guillermo Goitia Guerra

G

abriel García Márquez, escritor colombiano y Premio Nobel de Literatura 1982, fue homenajeado el 26 de marzo del año pasado en el IV Congreso de la lengua española, por varios motivos: Sus ochenta años de edad (que en realidad cumplirá este año), los sesenta de su primer cuento, los cuarenta de la novela *Cien años de soledad*, y los veinticinco de haber recibido el Nobel.

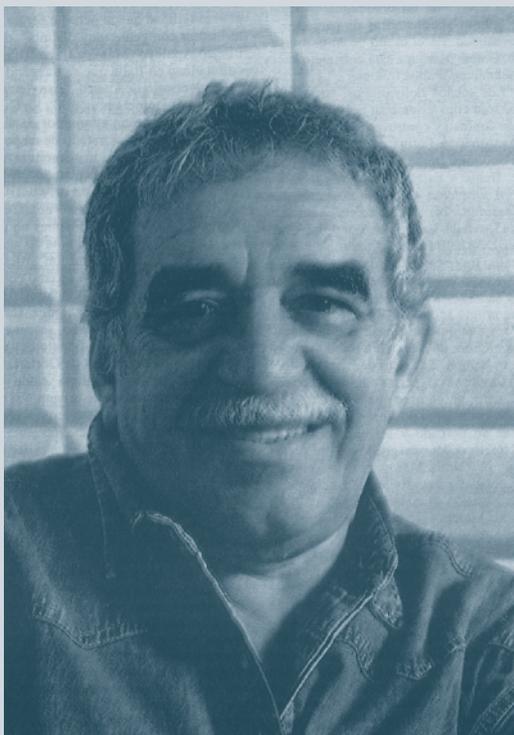
«Gabo», como le dicen de cariño, recibió además el primer ejemplar, de entre un millón, de una nueva edición de *Cien años de soledad*, novela considerada como la mejor en español en los últimos veinticinco años.

Al recibirlo, dijo entre otras, las siguientes palabras:

«Ni en el más delirante de mis sueños, en los días en que escribía *Cien años de soledad*, llegué a imaginar que podría asistir a este acto para sustentar la edición de un millón de ejemplares. Pensar que un millón de personas pudiera leer algo escrito en la soledad de mi cuarto, con veintiocho letras del alfabeto y dos dedos como arsenal, parecería a todas luces una locura», dijo, y añadió más adelante:

«No sé a qué horas sucedió todo. Sólo sé que desde que tenía diecisiete años y hasta la mañana de hoy, no he hecho cosa distinta que levantarme temprano todos los días, sentarme frente a un teclado, para llenar una página en blanco o una pantalla vacía del computador, con la única misión de escribir una historia aún no contada por nadie, que le haga más feliz la vida a un lector inexistente», declaró el Nobel colombiano.

Autor de novelas como *El amor en los tiempos del cólera*, *Crónica de una muerte anunciada*, *Del amor y otros demonios*, y muchas más, García Márquez es un verdadero mago de la palabra. Con ella crea vida, muerte y hasta lo que no existe. Todo se le ocurre. Su imaginación no tiene fronteras y su edad tampoco: apenas en 2004 acaba de publicar una pequeña novela de ciento nueve páginas: *Memoria de mis putas tristes*.



Si «Gabo», acaba de celebrar su ochenta aniversario este 2007 y él escribió esta novela en 2004, quiere decir que tenía 77 años; setenta y siete años de lucidez y creatividad sin que la edad significara derrota, fin.

Celebramos pues que existan escritores como él, porque sus libros son eso: una celebración de la palabra, de la vida y todo lo que conlleva.

Voy a compartirles, pues, mi experiencia con esta pequeña novela cuyo título ha creado algunas polémicas.

¿Qué nos regala García Márquez en *Memoria de mis putas tristes*?

Nos regala la historia de amor de un viejo. Sí. García Márquez narra, desde la primera persona del singular, la experiencia amorosa de un viejo de noventa años, con una jovencita de apenas catorce.

Pero veamos cómo son los noventa años de este personaje principal. Ante todo, son una referencia temporal que nada tiene que ver con la temporalidad que conocemos. Cuando nosotros pensamos en los noventa, nos imaginamos un mundo de achaques, de imposibilidades, de tristezas, de frustraciones, de torpeza en los movimientos, de desmemoria, de enfermedad, de soledad, de abandono. También pensamos, obviamente, en el fin de la vida: en la muerte.

En esta novela encontramos una glorificación de la vejez; una vejez estética, que no se parecerá nunca a la vejez de la vida real. Por

eso en ningún momento percibimos los achaques del anciano, antes bien, el espíritu juvenil del hombre mayor nos contagia el entusiasmo y la alegría de vivir. Si García Márquez hubiera omitido esa cifra casi fatal para cualquiera, nosotros más bien pensaríamos que el personaje principal de esta novela no rebasa los cuarenta años. El viejito de esta historia anda en bicicleta, sube escaleras, trabaja y se enamora. Ni sentimos el esfuerzo que normalmente a un viejo le cuesta cada uno de sus movimientos. Este hombre es tan dinámico, tan vital, que sus años parecieran no corresponderle. Bueno, eso si tratamos de comparar la verdad de este libro con nuestra comprimida y rígida realidad donde las normas y la moral parecen imponérsenos.

No nos dejemos engañar: la literatura se parece a la realidad pero no es la realidad; la realidad se parece a la literatura, pero tampoco debemos confundirla con ella aunque como espejo refleje nuestro ser. Tal vez tendríamos que decir que la literatura forma parte de la realidad por el hecho de encontrar sus reflejos en las palabras.

Así, querer emparejar literatura y realidad es vana tarea. Tiempos y espacios son diferentes. El acaecer en cada una es diferente: mientras que en la realidad palpable transcurren los instantes y nosotros con ellos, en la literatura lo que acaecen son las palabras. Sí: palabras. Nuestro tiempo es irreversible; el tiempo de la literatura, en cambio, es recurrente, lo dictan las palabras. De esta manera, podemos volver al principio cuantas veces lo deseemos y repetir el mismo destino sin más variación que la percepción que nos sugieran las palabras al momento de la lectura.

Y es que éstas, las palabras, son reflejo de las cosas aunque no son las cosas. Entonces, el punto de comparación no procede. Nosotros somos seres de carne y hueso; los personajes de la literatura nacen de las palabras para volverse imágenes, ideas, sensaciones. Ese es el mundo de la literatura.

Pero así como el mundo ficticio que conforma la literatura goza de otra dimensión, su moral también es otra. Querer rasarla con parámetros similares a los que rigen nuestra sociedad es



un grave error. La moral de la literatura es distinta. Se puede decir que no tiene. En su universo todo es posible porque su libertad es ilimitada gracias a las posibilidades combinatorias que le otorga la palabra.

En su libro, García Márquez juega con nuestros prejuicios, con nuestras convenciones. Alguien podría decir: «¡Oye, qué título! Oye, qué viejo tan grosero, tan misógino». Podríamos también, en estos tiempos en que se habla de equidad de género, reclamarle a García Márquez por qué utilizó en su título una palabra que degrada a las mujeres por hacer uso de una libertad por mucho tiempo exclusiva de los hombres o, por qué al viejo de esta historia le gusta sodomizar a la sirvienta que permaneció tradicionalmente virgen. Podríamos también decirle que es un escritor mentiroso porque es una mentira que un viejito a los noventa se trepe en bicicleta y enamore a una joven de catorce años que además le corresponde.

Podríamos alegrarle al autor de esta novela cosas similares pero el silencio será la respuesta. Él, como artista, sólo escribe en libertad. Sus palabras nos llevan de la mano nos guste o no, y nosotros nos dejamos seducir por la belleza de su prosa, por la intensidad de su mundo interior, por la alegría de vivir en esta glorificación de la vejez literaria. Nada podemos decirle. Sólo agradecerle que con sus malabarismos lingüísticos haya creado para nosotros universos que antes no existían. Es que García Márquez apela a la libertad para jugar con nuestros parámetros, con nuestra lógica, con nuestros prejuicios, con nuestras convenciones y con lo que consideramos «normal».

Este viejo que parece joven, que es independiente, que escribe para un periódico, que gana su dinero, que gusta de las muchachas, que disfruta de la música y del amor, es un viejo excepcional al que no podemos identificar con su autor, aunque a éste lo encontremos siempre detrás de cada personaje y de cada palabra. Porque aunque se parezcan a la gente de la vida real, los personajes de ficción son seres de palabras, están hechos de palabras y su mundo es de palabras.

Otro aspecto interesante del autor colombiano es su sentido del humor: él, igual que Cervantes en el Quijote, divierte, entretiene. Leerlo es una experiencia gozosa donde contemplar a través de la palabra es el anhelo. García Márquez, lejos de hacer de la literatura un confesionario de desilusiones y aburridos lamentos narrativos de esos que hacen bostezar con su negrura a cualquiera, logra que en esta novela experimentemos el gozo por la vida a través de un viejito que encuentra el amor en una jovencita a la que sólo observa y acaricia porque siempre está dormida: Delicado amor donde ni el nombre de la mujer importa porque el amor no tiene nombre.

No tiene caso que les cuente la historia. No serviría a nadie: los matices, la gracia, la naturalidad, la belleza y el desenfado con que este escritor narra, sólo pueden apresarse a través de su lectura. La experiencia de la literatura no se platica, se vive. ¿Cómo? Siguiendo la historia letra por letra, palabra por palabra para llegar a mundos que sólo existen de esta manera. ¿El resultado? Una vivencia estética muy particular.

En esta obra, la vejez, más que un estado físico representa un estado mental. García Márquez logra que el amor se vuelva algo intocable donde el gozo del hombre consiste en amar a una niña sin nombre a la que siempre ve dormida y con la que se comunica a través del sueño. No nos dice lo que es el amor, pero nos lo revela como algo impreciso, indefinible, sin rostro, sin nombre y tan sencillo como una piel, como un cuerpo que está allí, al alcance y a la vez distante. Es como si el acto de amar fuera una experiencia a la que no le vienen las definiciones y que como llega, se va.

¿Qué más encontramos en esta novela?

Todo un universo en movimiento donde el personaje principal nos contagia su alegría de vivir a pesar de los noventa, a pesar de las penurias, los trabajos y la soledad, porque para vivir no hay que tener edad, sólo ganas de festejar lo que la vida ofrece.

Prosa hermosa, sintaxis impecable, historia bien lograda sin rebuscamientos estructurales y accesible a todos además de la sensación gozosa de lo que es el lenguaje bien trabajado, aseguran el encantamiento, la diversión y la magia de hacer posible lo que normalmente no es.

Ojalá que ustedes, puedan valorar en obras como ésta no sólo la belleza de nuestro idioma —tan degradado en nuestra sociedad por la influencia de la televisión—, sino cómo las posibilidades creativas de un hombre puede dimensionar a los demás a otra latitud estremecedora: la del arte.

NOTA:

Texto leído en la Normal Superior de Gómez Palacio, Dgo., el 9 de junio de 2007.